

El Sudoeste de los Estados Unidos: lengua e historia

Francisco Moreno Fernández*

1. Los Estados Unidos de América y el legado de Manuel Alvar

Entre el ingente legado científico de Manuel Alvar destacan, por su volumen y trascendencia, los tomos que componen la serie *El español en América*. Estos materiales forman parte del *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*, que el propio Alvar proyectó en la década de los setenta y que codirigió con Antonio Quilis. La serie a la que hacemos referencia está siendo publicada por la Universidad de Alcalá y ofrece los materiales recogidos por Manuel Alvar dentro del proyecto.

El hecho de que el primer volumen de *El español en América* lleve por título *El español en el Sur de Estados Unidos* (2000) viene a ser una especie de compensación por el olvido al que ha estado relegado un territorio hispánico de enorme interés, del que solo Aurelio M. Espinosa había informado con cierta hondura en la primera mitad del siglo XX. Es un territorio de largo historial hispánico, en el que los usos lingüísticos tradicionales, de diferente perfil a lo largo de la frontera sur de los EE.UU., han convivido con el influjo del inglés, de las lenguas indígenas e incluso de las variedades lingüísticas llegadas de México. Los movimientos de población, de distinta naturaleza según la época, están en la base de los rasgos lingüísticos más significativos y de las muy diversas pautas de comunicación que allí se han dado cita a lo largo de la historia.

Los materiales que ofrece el volumen de Alvar se recogieron entre 1990 y 1996. Allí se presentan las respuestas dadas al cuestionario del *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica* (Alvar y Quilis 1984) para casi 800 preguntas, que recogen principalmente cuestiones léxicas (cuerpo humano, vestuario, la casa, la familia y la salud, el mundo espiritual, juegos y diversiones, profesiones y oficios, enseñanza, accidentes geográficos, agricultura, animales y ganadería), aunque también fonéticas (184 láminas), morfológicas (161) y sintácticas (43). Los puntos de encuesta correspondieron en su mayor parte al estado de Nuevo México (Tierra Amarilla, Taos, Bueye-

* Universidad de Alcalá-Instituto Cervantes.

ros, Cuba, Peñasco, Española, Santa Fe, Gallufo, Las Vegas, Albuquerque, Monticelo, La Mesilla), aunque también se trabajó en Colorado (Los Rincones, San Luis), en Arizona (Tucson, Mesa), Luisiana (Poyrás) y Texas (San Antonio, Houston, Goliad, San Diego, La Rosita, Benavides, Ríos y Río Grande).

Pero *El español en el Sur de Estados Unidos* no presenta solamente respuestas dadas a cuestionarios, sino que incluye una pequeña colección de textos, recogidos y transcritos por Elena Alvar, en los que se descubren mil aspectos interesantes de la lengua hablada continua y de las narraciones orales. Con estas pocas páginas, pretendemos rendir homenaje a la figura y el trabajo de Manuel Alvar, comentando someramente los materiales publicados a la luz de la historia lingüística del Sudoeste de los Estados Unidos.

2. La presencia hispana en el Sudoeste de los EE.UU.

1528. El inefable Alvar Núñez Cabeza de Vaca comienza en Tampa (Florida) un largo viaje que concluiría en 1536 en Culiacán, ya en México. Era esta la primera expedición española que recorría 11.000 kilómetros por el Sur de los actuales Estados Unidos. Desde esa fecha hasta 1912, año en que Nuevo México pasó a ser oficialmente un estado de la Unión, y desde ahí al presente, la lengua española ha sido pieza decisiva en la historia de los territorios del Sur, sobre todo los del Sudoeste, a los que prestaremos más atención. Con el fin de apreciar qué ha supuesto el español en la historia comunicativa de esa zona, propondremos una periodización sobre la que haremos nuestros comentarios.

1. Periodo de exploraciones: 1528-1596. Los límites de este periodo los constituyen la partida de la expedición de Cabeza de Vaca y el inicio de los asentamientos de Juan de Oñate, a partir de 1596, en el área de Nuevo México. Para explorar la costa de Florida, Pánfilo de Narváez partió por mar desde Tampa, con la mala fortuna de que un huracán hizo naufragar la expedición, de la que solo sobrevivieron Cabeza de Vaca, un africano llamado Esteban y dos más (Obregón: 177-179). El pequeño grupo se adentró en el desierto desde la costa y fue haciendo un recorrido por tierras de Texas (por la zona de las actuales Austin y San Antonio) y de Nuevo México (actual El Paso), hasta llegar a Culiacán (Udall: 49 y ss.). En el camino, fueron encontrando indicios que parecían dar visos de realidad a la leyenda de las siete ciudades de Cíbola, aliciente que llevó a organizar las expediciones de Francisco Vázquez de Coronado a partir de 1540.

Desde el punto de vista comunicativo, este periodo tiene dos aspectos de singular interés. Uno de ellos es el de la interacción con los indios, que debió ser por medio de señas y otros signos, como las pinturas, plumas y cascabeles que utilizaba el negro Esteban, que también viajó con Coronado y que ante los nativos representaba el papel de chamán de los expedicionarios. Las dificultades comunicativas se debieron al hecho de no contar con intérpretes («lenguas») en los primeros contactos, así como a la heterogeneidad lingüística del territorio: Cabeza de Vaca comentaba las mil diferencias que hay entre las lenguas de los indios que encontró en su expedición por Texas y Nuevo México (Cabeza de Vaca 1542; Martinell: 157).

El segundo aspecto comunicativo de interés fue la supuesta concreción del mito de Cíbola, especialmente por boca y pluma del fraile franciscano Marcos de Niza, que se derrumbó por completo ante los testimonios de Coronado. Una frase de López de Gómara lo resume muy bien: «Las riquezas de su reino es no tener que comer ni que vestir, durando la nieve siete meses» (1552: 304). Un factor que contribuyó a la verosimilitud del mito, portugués en su origen, fue el hecho de que entre los aztecas existiera también una leyenda que hablaba de antepasados que habían habitado siete cuevas (Ramírez Alvarado: 6). Los indígenas americanos pudieron hacer referencia a ello en sus interacciones con los españoles.

2. *Periodo de asentamientos: 1597-1848.* Los límites los marcan el inicio de las expediciones de Juan de Oñate y el paso del territorio del Sudoeste a manos de los EE.UU., con la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo. Las tierras de Nuevo México, que en esta época incluían las anejas de Arizona, Colorado, Texas y parte de Nevada, comenzaron a ser colonizadas a partir de 1596, cuando partió de México una expedición al mando de Oñate. Como se ha señalado en diversos lugares (Vigil y Bills), los primeros colonos se asentaron en pequeños poblados a lo largo del río Grande y poco a poco se fueron creando otros asentamientos, organizando misiones, ranchos o granjas y fundando ciudades, como Santa Fe (1609). De esos primeros años es la más antigua inscripción que se conserva de una lengua europea en América: está en «El Morro», data de 1605 y reza, con un tono similar al de tantas otras, «Pasó por aquí el adelantado don Juan de Oñate». La toponimia también es testigo de una permanencia histórica: Sierra Blanca, Santa Rita, Las Cruces, Hondo, Carrizozo, Socorro, Truchas, Santa Clara, Peloncillo *mountains*, Río Grande, Sangre de Cristo *mountains*, Magdalena, Los Álamos, Tierra Amarilla, Mosquero, Portales, Ratón, Manzano *mountains*, San Andrés *mountains*, El Paso, Truchas.

Caben destacarse en este periodo varias fechas de referencia, al margen de la fundación del importante enclave de Santa Fe. Así, en 1680 se produjo una sublevación de los indios pueblo que hizo perder el control del área novomexicana a los españoles hasta 1693, en que se inició una recolonización. Por otra parte, aunque los primeros españoles habían llegado a Texas en 1691, en 1731 se establecieron varias familias canarias, lo que fue determinante para su historia lingüística (Alvar 1991; Frago: 90 y ss.). En California, entre 1761 y 1823 se fundaron una veintena de misiones, por más que la lengua hablada ya no guarde testimonios de ello. En 1821, con la independencia de México, los territorios españoles cambiaron de manos: esto vino a favorecer la expansión de poblados hispanos y la ampliación de las rutas comerciales. También la victoria de los Estados Unidos sobre México favoreció la expansión de la población hispana a mediados del XIX (Abbott: 38).

Esta época de asentamientos fue especialmente rica y decisiva en la configuración lingüística del Sudoeste de los Estados Unidos. Conscientes de la multiplicidad de factores implicados, nos permitimos, sin embargo, destacar dos dimensiones de consecuencias lingüísticas evidentes: el aislamiento del territorio y los contactos con los indios. En efecto, el territorio del histórico Nuevo México se caracterizó, durante la primera mitad del periodo de asentamiento, por su aislamiento del resto del mundo hispánico, con la excepción relativa de Nueva España: los contactos comerciales se producían apenas una vez al año. Tras el levantamiento de los pueblo, la recuperación de Santa Fe supuso una especie de segunda colonización que aportó gente nueva y renovados usos lingüísticos, aunque la población no fue mucho más allá, en esta época, de las 25.000 personas (Vigil y Bills: 3).

Los contactos con los indios se produjeron en varios niveles y supusieron un curioso juego de influencias entre las lenguas indígenas y la española. Parece claro que el contacto con los indios en la misiones tuvo que favorecer el aprendizaje del español: los indios papaya colaboraron en la fundación de la ciudad de Béjar, en Texas (Alvar 1991: 255), muchos de los indios eran bautizados en las misiones e incluso ocurría que los nombres de las tribus se imponían según la misión que tenían más cerca: los diegueños, por ejemplo, estaban asentados cerca de la misión de San Diego de Alcalá, en California (Woodward).

El aprendizaje del español o, como mínimo, su fuerte influencia sobre las lenguas indígenas, no contraviene otra realidad evidente: el método misional de los franciscanos y de otras órdenes disponía el aprendizaje de las lenguas de los indios, para hacerles llegar más directamente el mensaje del Evangelio (Abad Pérez: 94-95). En ese aprendizaje fue decisiva la inter-

vención de los intérpretes y traductores, bien porque conocían el español, bien porque sabían alguna otra lengua indoamericana que conocían previamente los frailes. Por eso, tampoco es extraña la influencia de las lenguas indígenas, sobre todo de las más habladas – como el náhuatl – en el español de la zona.

El gran problema que se les presentaba a los frailes en la ejecución del método misional era la multiplicidad de lenguas indígenas. Baste como muestra la mención apresurada de algunas lenguas de Nuevo México y de su entorno inmediato: los indios pueblo utilizan varias modalidades, pertenecientes a la familia uto-azteca (tewa, tiwa, towa, keres y zuñi, o zuni); las variedades apaches pertenecen a la familia nademe (atapaskana) y, dentro de esta tribu, se distinguen cuatro grupos (mescaleros, jicarillas, chiri-cahuas y *white mountain*); también pertenece a la familia nademe el navajo; mientras que el comanche, hablado algo más al Este, es de la familia uto-azteca (Wissler; Weaver; Kanellos y Esteva-Fabregat: 41-52).

En general, los contactos de la población hispana con los apaches, los navajos y los comanches son bastante antiguos, pero están basados en una relación de rivalidad y de pillaje, para los que fue determinante la incorporación del caballo europeo: en 1837, los comanches todavía hacían rapiña en los asentamientos hispanos. Es probable que, en tales circunstancias, la penetración de la lengua, al no estar basada en la convivencia diaria, haya dificultado el juego de influencias entre el español y las lenguas indígenas, pero el caso es que tanto la lengua de los pueblo, como las de los navajos y los apaches han acabado incluyendo préstamos del español. Es más: dada la lejanía lingüística entre las diversas lenguas indias y, más aún, entre estas lenguas y el inglés, no es descabellado pensar que el español, además de ser lengua del territorio, haya podido servir, en distintos momentos de los siglos XVII al XIX, como lengua franca. ¿Es improbable que el español tuviera presencia en las conversaciones entre apaches, por ejemplo, y soldados estadounidenses? Creemos que no.

Durante la guerra méxico-americana los soldados estadounidenses se enfrentaron al problema de hablar español. Aprendieron palabras sueltas que incorporaron a su idioma (*cigarritos* > *cigarettes*) y dieron el nombre de «lingo» al resultado mezclado de sus escarceos comunicativos. Un oficial voluntario de Illinois describía así sus problemas con un nativo y su hija (Ochoa):

When at fault for a word I take an English one & give it a Spanish ending & pronunciation & make a salaam or two ... If that don't go, I throw in a word or two of Latin & French, & occasionally a little German, & conclude